



## Presencia de la mujer en la música cubana

Rosario Moreno

“Cuba es música.” Nuestra historia musical es de tambores, guitarras, campanas y armonía porque somos del Caribe y la música es parte integral de nuestra expresión. Nuestra gente es animada, sagaz, apasionada, pero sobre todo musical. *¡Flores, flores! Ahí vienen las jardineras vienen regando flores*, dice la comparsa, mientras *a Prado y Neptuno iba una chiquita que todos los hombres la tenían que mirar* y el “Cuini” tiene bandera.

Por nuestras venas corre el son, la rumba, la guaracha y el danzón, *aunque tú me hayas echado en el abandono, yo me pusiera a descubrir un nuevo descubrimiento, o la mujer de Antonio camine como camine*. La poesía musical es parte de nuestra existencia porque *en el lenguaje misterioso de tus ojos hay un tema que reclama sensibilidad. Y si entre todas las cosas del mundo, no hay nada primero que tú, te he pedido perdón con el*

*pensamiento. El amor y la música van de la mano, porque hoy como ayer yo te sigo queriendo mujer y esta tristeza se niega al olvido como la penumbra a la luz.*

La tradición musical cubana es una joya donde *está de fiesta la imaginación*. En ella afloran *todas esas cosas que son maravillosas* y hacen sentir ese *alivio que rompe las cadenas* cuando más lo necesitamos. La música es la expresión de la esencia misma, del *corazón que olvidaste mi consejo* porque a veces hay que sufrir, *del arrullo de palmas en la llanura y de la negra Tomasa*. Y como busco siempre la participación activa de la mujer en todas las facetas de nuestra historia, quise indagar para no conformarnos con el título pasivo de musas inspiradoras. Aunque ser musa es una posición favorecida. Sin inspiración no existe la magia que origina la poesía.

La primera referencia sobre la mujer en la historia musical cubana, fueron Teodora y Micaela Ginés, dos negras libertas en Santiago de Cuba que llegaron de La Hispaniola en 1580. Las hermanas Ginés acompañaban a un andaluz del mismo apellido con el Son de la Ma Teodora, que aunque emanaba de una melodía extranjera, es eminente porque en él se reconoció la participación de las hermanas en la música de aquella época.

La próxima cita de la mujer en nuestra música, la encontré durante la primera mitad del siglo XVIII, también en Santiago de Cuba, en la familia de doña Bernarda Rodríguez de Rojas, que tocaba el arpa, y su hija Juana que era cantante y violinista.

La energía del patrimonio español, con la nobleza del continente africano, erigieron una generosa maniobra musical en nuestro país. Aunque desde el punto de vista de la armonía y de la forma, se dice que la música cubana no proyectó nada original, creó desde la perspectiva rítmica, un profundo inventario de rasgos identificables que han recorrido el mundo. ¿Quién no ha escuchado *Siboney, Siempre en mi Corazón, o Quizás, quizás, quizás* hasta dentro de un elevador?

Las mujeres africanas, durante cuatro siglos, aportaron a nuestra rica mezcla demográfica, sus cantos y danzas sensuales que estimulaban y provocaban a la mayoría. Las “clarinas” iniciaron la “cubanización” de la música en la segunda mitad del siglo XIX. Atraído por la voluptuosidad de la armonía, que emanaba de los barrios marginales de La Habana y Santiago de Cuba, el pueblo se acercaba y descubría mujeres en coros de clave y tambores. Más tarde, ellas fueron las figuras centrales de las comparsas.

Durante el siglo XIX y en los alrededores de Pinar del Río, La Habana y Matanzas, nace *la rumba*. La palabra de origen africano, se identifica con fiesta, parranda, celebraciónailable con cantos dramáticos e inquietantes acompañados por tambores. Si se escucha cualquier rumba con atención, se puede oír el quejido de la raza, por todo lo que le arrebataron: *“Sepárate mujer, suelta esa reja, analiza tu disfraz que mal te queda,” “no la llores más, su lengua la mató, a esa conversadora ay enterrador no la llores,” o “Unión de Reyes llora porque Malanga murió.”* También se escucha la influencia del catolicismo, siempre echándole la culpa de sus males a la mujer, exponiendo la mente del oprimido en la actitud del oprimido.

La evolución recibe al Siglo XIX con una músicaailable totalmente nuestra, distinta de los estándares europeos de las obras de Cervantes y Saumel (1847-1905). El son fue uno de esos primeros estilos musicales que se considera genuinamente cubano. Nace a fines del Siglo XVIII en las montañas de Oriente, porque sus cantantes *son de la loma y cantan en llano*.

Al señalar la música durante el Siglo XIX, no puedo dejar de mencionar a María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (1781-1852), la Condesa de Merlín, una mujer singular que fue amada por José Bonaparte y discípula del Maestro Goya. Su casa de París fue uno de los centros de la cultura musical e intelectual de la época, donde presentó varias veces al ilustre violinista y contrabajista cubano Claudio Brindis de Salas (1800-1972), compositor de la opereta *Congojas matrimoniales*. Brindis de Salas fue expulsado de Cuba por el gobierno de O'Donnell por estar implicado en La Conspiración de la Escalera. Como dato sociológico es importante agregar que Brindis de Salas (así como José White y Lico Jiménez, a quien me refiero más adelante) eran músicos mulatos y negros, que tuvieron carreras de gran relevancia global. Sus poderosas calidades musicales triunfaron traspasando los prejuicios raciales y monetarios de la época.

La Condesa de Merlín, amiga de George Sand y Víctor Hugo, con una magnífica voz de soprano, cantó óperas a dúo con su amiga María Felicia García, “La Malibrán,” para Chopin, Liszt, Rossini y otros grandes de la época. La Condesa de Merlín fue una escritora convincente, demostrándolo en su extraordinario ensayo “La Habana,” cartas a Europa durante su regreso a Cuba después de varios años de ausencia. Esta obra presenta el punto de vista de una mujer de avanzada, de gran amplitud mental y sensibilidad.

En el siglo XIX sobresalió también Catalina Berroa Ojeda (1849-1911), instrumentista, maestra, compositora, y directora de orquesta. Durante el último cuarto del siglo XIX y principios del XX, Catalina Berroa dirigió la capilla musical de la Parroquia Mayor de Trinidad. También fue la formadora de talentos musicales de esa zona, entre ellos su sobrino José Manuel (Lico) Jiménez (1855-1917). Ella tocaba ocho instrumentos, pero sobresalió en el órgano. Compuso mayormente música sacra plasmando entre sus creaciones populares *La trinitaria*, una de las primeras habaneras que se compusieron.

La hija del instrumentista del Siglo XIX Fernando Arizti, fue otra señora trascendental que hay que mencionar en la música de ese siglo. Cecilia Arizti (1856-1930), pianista y compositora, tuvo como profesor, además de su padre, al más destacado pianista y compositor de mediados de siglo, Nicolás Ruiz Espadero.

Ana Aguado, más conocida como “La Calandria” (1866-1921), fue una insuperable cantante y pianista, que paseó la música cubana por el mundo. Ella fue enaltecida repetidas veces por José Martí, debido a sus esfuerzos por la independencia de Cuba.

La influencia española en la Cuba colonial nos hace *recordar el tiempo feliz que fugaz ya voló*, trayendo la zarzuela a nuestras costas. Algunos de nuestros compositores de mayor importancia componen obras como *María la O* de Ernesto Lecuona, *Cecilia Valdés*

Gonzalo Roig y *Amalia Batista* de Rodrigo Prats, todas inspiradas en mujeres.

La tradición de las emigraciones de franceses y haitianos en la segunda mitad del siglo XVIII, inspiraron la creación del *danzón*, que tiene su origen en la contradanza francesa. Miguel Faílde (hijo de un andaluz con una negra liberta) estrena el primer danzón *Las Alturas de Simpson* en el Liceo de Matanzas, un 1ro de enero de 1879. En 1929, *desde matanzas ha llegado un nuevo baile de salón, con el compás muy bien marcado que viene del danzón*: Aniceto Díaz estrena su danzonete, del que surgiría su única "Emperatriz", nuestra querida Paulina Alvarez, quien lo interpretó hasta su muerte con el más exacto sentido de la clave y una voz poderosa que nunca necesitó amplificación.

Y no hay que olvidar *que el son es lo más sublime para el alma divertir*. Cuando comienza el siglo XX, brotan los trovadores por todas partes. *A mi me gusta mucho Carola, el son de altura, pa' que lo bailen, con sabrosura...* cantan en los cafés al aire libre, en las matinés de los cines antes de empezar la película y en restaurantes mientras la gente cena o almuerza. De esa época recordamos a Angelita Bequé, Mercedes Borbón, y sobre todo a la que raramente no venía de Oriente, como casi todos los trovadores: María Teresa Vera, la pinareña de Vueltabajo, que más tarde llegó a ser uno de los símbolos de la trova. A dúo con Rafael Zequeira, grabó piezas imperecederas de Manuel Corona como *Longina* y *Santa Cecilia*. Luego se unió a Ignacio Piñeiro, del Sexteto Occidente, más tarde el Sexteto Nacional. Después, formó un dúo con Lorenzo Hierrezuelo que alcanzó grandes éxitos, interpretando sus propias composiciones: *Con que tristeza miramos un amor que se nos va, es un pedazo del alma que se arranca sin piedad*.

Cuando las mujeres dirigían los conservatorios de la época, surge María Jones de Castro (1895- 1963), pedagoga, pianista e instrumentista y concertista. Su gran habilidad en anatomía musical, disciplina que conecta las manos, el cerebro y el corazón con la práctica del piano, la hicieron destacarse. Ella escribió *Leyes científicas aplicadas a la enseñanza del piano* (1957), libro que estableciera los textos más progresistas en la enseñanza del piano. Muchos años antes de publicar, María Jones de Castro creó el Conservatorio Internacional de La Habana, hoy Conservatorio Manuel Saumel, del cual fueron profesores íconos musicales como Elisa Espinosa, Margot Rojas y Gloria Anne Hollis.

En la primera mitad del siglo XX la mujer se desdobló extraordinariamente en la música cubana. El 10 de octubre de 1922, con la primera transmisión de radio en La Habana, aparece Rita Montaner, una pianista graduada que prefirió cantar. Ernesto Lecuona la capta en 1926 de las Follies Schubert, para su zarzuela *Niña Rita*. Rita "la única", cosechó grandes éxitos en París, Estados Unidos, México y España. Cantó las zarzuelas *María La O* y *Cecilia Valdés* y actuó en la primera película sonora cubana, *Sucedió en La Habana* (1938).

¿Y quien no recuerda a la musa inspiradora de aquel son que Chavela Vargas popularizó de nuevo recientemente? El son de La Macorina, sobre esa fabulosa mujer controversial, adelantada a sus tiempos, que fue la primera cubana que obtuvo licencia de conducir y se

paseaba por La Habana en su “carro colorado”, cuando todos anhelaban que ella les *tocara*.

La era de *Damisela encantadora, damisela por ti yo muero...* nos trae en la década de los 30 a la diva que se convertiría en una de las intérpretes por excelencia del Maestro Lecuona: Esther Borja, que hizo su propia creación de *Damisela encantadora*. Estudiosa de la música, igual que Rita Montaner, Esther tenía un talento afinado para absorber la finalidad de cada canción. Esther interpretó todas las canciones de Ernestina Lecuona, hermana mayor y primera maestra de piano de Ernesto, y compositora de piezas inolvidables, *ya que te vas y me dejas con este gran dolor, ya que vas y destrizas mi vida y mi amor*. Una prima lejana de Ernestina y Ernesto, Margarita Lecuona, fue igualmente autora de temas muy divulgados como *Tabú* y *Babalú*. Otra compositora que cabe mencionar aquí es Corita Sánchez Agramonte, que se inspiró en la belleza de nuestros campos.

El Maestro Ernesto Lecuona formó a muchas cantantes de nuestra tradición musical como María de los Angeles Santana, Luisa María Morales, Hortensia Coalla y Caridad Suárez. La música cubana se enriquecía con voces extraordinarias que cantaban ópera: Carmelina Santana, Zoila Gálvez, Carmelina Rosell y Margarita Horruitinier. Estas dos últimas más tarde fueron profesoras de los géneros lírico y popular.

Se lanzaron también en esta época Tomasita Núñez, Zoraida Marrero y Blanquita Becerra en la radio; la pianista y compositora María Cervantes, hija del gran pianista Ignacio Cervantes, y la musicalizadora de radio Conchita Nogara.

En 1938 surgen Celia Cruz, Anolán Díaz (madre del cantante panameño Rubén Blades), Rosita Fornés, Las Hermanas Lago, Las Hermanas Martí, Aurora Lincheta, Elsa Valladares, y muchos otros valores del programa La Corte Suprema del Arte. En esta década aparecen orquestas propias de La Habana, integradas exclusivamente por mujeres, que tocaban en los *aires libres* de Prado, cerca de la Acera del Louvre. Las más cardinales fueron la Anacaona, de Conchita Castro, y la Ensueño, de Guillermina Foyo. También se dejaron ver varias orquestas con mujeres como cantantes principales: La Elegante, con Paulina Alvarez (emperatriz del danzonete), la Sonora Matancera con Celia Cruz, La Orquesta de Ernesto Muñoz, con Elena Li, y La orquesta Siglo XX, con Dominica Verges. A fines de la década del cuarenta, Estrellas Negras de Rayito de Sol fue muy famosa en Cuba. Y no hay que olvidar a Las Hermanas Márquez, que recorrieron América cantando sonos cubanos por aquella época y que Paquito D’Rivera rescataría afortunadamente para los que las disfrutamos en el Siglo XXI.

Pero ¿y el Punto Guajiro? La rara mezcla de campiña cubana con *cante jondo*, surge como estilo musical de las comunidades rurales logrando su identidad nacional a mediados del siglo XVIII. Ese Punto Guajiro o Punto Cubano, que tocamos con Guitarra, Tres, Laúd, Clave, Güiro, Guayo y Triple, desciende nada menos que de Islas Canarias. La guajira original *El arroyo que murmura y que la luna retrata*, de Jorge Ankerman (1877-1941), comienza el género de Guajira, con testimonios campesinos cantados poéticamente con el modelo de la décima. Desde principios del Siglo XX se escucharon

las voces y guitarras de Isabelita Montané y luego del dúo Voces del Caney, de Dulce María Ibar (voz prima), y la guitarrista Mirta Bell (voz segunda). En la segunda mitad del siglo ¿quién no recuerda a Coralía Fernández, cantando con Ramón Veloz? ¿O a Celina González cantando con Reutilio? Y más recientemente a Seve Matamoros, hija del legendario Miguel Matamoros. Albita Rodríguez comenzó con música campesina y demostró desde antes de sus días en el Centro Vasco, que es tremenda sonera como lo son las tres mujeres que formaban su grupo, especialmente la flautista Mercedes Abal.

En cuanto a agrupaciones vocales, en 1931 María Muñoz de Quevedo funda la Coral de La Habana y veinte años después, con la llegada de la televisión, nació el Coro de Cuca Rivero en CMQ. En 1931 Pro-Arte Musical crea la Escuela de Ballet, donde estudió y enseñó Alicia Alonso, quien en 1948 fundó el Ballet de Alicia Alonso, hoy Ballet Nacional de Cuba.

Entre las pianistas más acreditadas están las dos Zenaidas: Zenaida Romeu y Zenaida Manfugás, Numidia Vaillant e Ivette Hernández, y entre las compositoras, Isolina Carrillo (pianista, arreglista y autora de *Dos Gardenias*), Lily Batet, Olga de Blank, Celia Romero, y Gisela Hernández. Aquí cabe mencionar por sí misma a una de las grandes, con un talento muy específico para arreglar: la memorable Aida Diestro, fundadora del irrepetible Cuarteto D'Aida, de donde salieron cuatro intérpretes legendarias: Elena Burke, Moraima Secada, Omara Portuondo y Haydée Portuondo, a esta última no se le escuchó cantar más después de su partida de Cuba, lo que fue una gran privación para todos los que residimos fuera de la isla. Pero lamentablemente, los artistas cubanos a principios del exilio, no tuvieron el respaldo que tiene un artista cuando están en su propio país, y muchos desviaron las que hubieran sido grandes carreras. Al salir la Burke y Haydée del cuarteto, se incorporaron dos voces mágicas con caras preciosas: Leonora Rego y Carmita Lastra, esta última emanaba de Las Mulatas de Fuego de Facundo Rivero.

En Ballet clásico, la mujer cubana sobresalió como bailarina y coreógrafa. Mirtha Plá, Josefina Méndez, Loipa Araújo y más tarde Rosario “Charín” Suárez, son de las más notorias. Nuestras rumberas pasaron por el mundo entero a través del cine mexicano en su época de oro: Rosa Carmina, Ninón Sevilla, Blanquita Amaro, Olga Chaviano, Norma Naranjo, Las Mulatas de Fuego y María Antonieta Pons, fueron las más famosas. Otras bailarinas como Elena del Cueto, Gladys González, Cristy Domínguez, y rumberas como Ana Gloria Varona y Sonia Calero, se destacaron en Cuba.

Las orquestas sinfónicas y de cámara fueron compuestas por mujeres también. Actualmente Zenaida Castro Romeu, directora de Camerata Romeu, hija de la pianista y profesora Zenaida Romeu, de la dinastía musical Romeo, y la compositora Tania León, una de las cubanas más ampliamente respetadas en el mundo de la música culta contemporánea, que ha dirigido la Orquesta Sinfónica de Bolonia, Italia, entre otras, ostentando una lista interminable de créditos.

Como cantantes líricas recordemos que la mezzo soprano Cheli Alfonso (en La Habana), cantó con figuras de la talla de Renata Tebaldi. Entre las más destacadas están Alba

Marina, Estrellita Díaz, Margot Tarraza, María de los Angeles Rabí, Xiomara Alfaro, María Teresa Tolón, Blanca Varela, Ana Menéndez, María Remolá, María Marcos, Georgia Gálvez y la soprano Martha Pérez, que cantó en la Escala de Milán.

En géneros populares, la pequeña “Aché” del canto afrocubano Merceditas Valdés, brilló como cantante y compositora. También Teresa García Caturla, Caridad Cuervo, Malena Burke, Juana Bacallao y Albita Rodríguez fueron de las más populares del Siglo XX. Cuando llegamos al Bolero, cabe mencionar la inigualable voz de Renée Barrios, que además de profesora de música, es una excepcional pianista; a su reina Olga Guillot, a Blanca Rosa Gil “la muñequita que canta,” a Freddy, el gran descubrimiento de Humberto Anido, que con su potente voz duró poco pero dejó mucho, y a Gina León, Bertha Dupuy, María Luisa Güell y María Luisa Chorens. Pero también y muy individualmente a la gran Celeste Mendoza, que como Reina del Guaguancó fue una de las intérpretes dominantes del Bolero arrabalero (*Para que sufras, Besos brujos, Soy tan feliz*).

Cuando surgió esa forma única de decirlo y sentirlo, que es el “Filin” o *feeling* (aunque la mencioné en el contexto del Cuarteto D’ Aida), se configura en la presencia de la Señora Sentimiento al escucharse el eco de *Un bosque, un río de perfume llenos, silencio, soledad, completa calma, libre de engaños y al dolor ajena...* Elena Burke sintió el Bolero como nadie en todas y cada una de sus interpretaciones. También Moraima Secada rompió las cadenas y lo plasmó *con todas las fuerzas de su alma* en *Alivio*, y Doris de la Torre nos enseñó que *la vida es un sueño y todo se va*.

Compositoras de la talla de Ela O’Farrill (*No tienes por qué criticar mi modo de vivir* y *Adiós Felicidad casi no te conocí*) no se quedan atrás. Pero cuando se habla de compositoras cubanas contemporáneas, hay que reconocer una clase insólita *que tal vez exista cuando está de fiesta la imaginación* y colocar en su centro a la señora Martha Valdés, cuyas canciones, todas, son parte integral de la historia musical cubana contemporánea y de la vida de varias generaciones de latinoamericanos (*En la imaginación, Palabras, Deja que siga sola, Aida, Tu dominas, etc. etc.*).

No se puede hablar de la década de los sesentas sin mencionar intérpretes maravillosas que aunque no tuvieron la fama ni la fuerza de Elena Burke, también dejaron su huella imborrable en nuestros corazones: Vilma Valle, Ela Calvo, Marta Justiniani, Leonora Rego (la más sentida intérprete de *Adiós Felicidad*), el dúo de Las Capellas de Martha y Daisy, Martha Strada y las intérpretes y compositoras Lourdes Torres y Enriqueta Almanza. Sin pasar por alto una estrella que brilla en el cielo porque en la tierra brilló por sí sola, la mala más buena de todas: Guadalupe “Villilli” Yolí, más conocida por “La Lupe”, que fue precursora del “punk” en 1960, ya que siempre estuvo demasiado adelantada a los tiempos que le tocó vivir.

Para cerrar con broche de oro la década de los sesentas, no olvidemos a las “vedettes” que iluminaron las pistas de Tropicana, el Capri, El Caribe, El Copa Room y el Casino Parisián con su brillantez, como Rosita Fornés, Nelly Castell, Raquel Mata, Edelia Ferrer, Sonia Perla Gil, el Trío Las Pimpollos, Amparito Valencia y Martica Stincer. Ni a la

cancionera Susy Ramos, desde su rincón oscuro en cualquier sótano de la Calle 23, o Tina y Cary, las mulatas sandungueras de cola de caballo del Trío Tropicuba, de donde mismo salió La Lupe. Todas ellas colorearon con ritmo y belleza la inolvidable bohemia habanera de una época insuperable.

Pero la música se siguió desdoblado trayendo en los setentas, ochentas y noventas, nuevos valores femeninos como Las Hermanas Diego, compositoras de *La Loca*, que la actriz cantante cubano-venezolana María Conchita Alonso popularizara, o Bamboleo y Arte Mixto, cuyas vocalizadoras son mujeres, y más recientemente la orquesta integrada sólo por mujeres Lady Salsa, que dirige Sonia Saavedra. La voz dramática de Cristina Rebull, Myriam Ramos, Alina Sánchez, Anya Linares, Argelia Frago y la singular cantautora Lucrecia, cuya *Juana Tripita* es más que genial. En la opinión de esta escritora, Lucrecia es lo más cercano al relevo de nuestra Celia que se ha producido en varias generaciones, vale decir que ella proviene del reemplazo joven de la Orquesta Anacaona. Tampoco olvidemos a Mayra Caridad Valdés, cuyo *Como fue* hace sonreír al Beny desde el cielo.

En Estados Unidos y Puerto Rico han surgido también algunas mujeres en la música cubana, como las compositoras Concha Valdés Miranda, Martha Quesada y la doctora Nildé Peraza en música popular, la cantautora Marisela Verena en *música de protesta* y por supuesto, Tania León, a quien mencioné anteriormente, y está considerada como una de las principales compositoras de música erudita. Entre las cantantes cubanas que surgieron fuera de Cuba, las más destacadas son Lisette (hija de los amados Olga y Tony), y Gloria Estefan, una de las primeras en atravesar barreras culturales. Delia Díaz de Villegas, Vicky Roig y Flor de Loto están también en la lista.

Hace años se distinguió una cantante que hoy es una conocida personalidad radial, Susy Lemán, cuyo dúo con Meme Solís debiera producirse aunque sea de Pascuas a San Juan para nuestra complacencia, y por supuesto, las chicas de Meme, que se asoman de vez en cuando en sus conciertos. La joven cantante “Lena”, hija de Malena y nieta de la matriarca de la dinastía Burke, es la más joven de las cantantes cubanas cosechando éxitos en el Mercado Hispano Internacional con su nuevo disco, y otra que hay que seguir de cerca es a la cantante y compositora Leslie Cartaya, cuya voz es capaz de cautivar a cualquier audiencia.

Todas estas mujeres, desde Las Hermanas Ginés hasta Lena Burke, con su formidable talento, voces colosales y gran sensibilidad, compositoras, intérpretes, músicos, profesoras, bailarinas, más otras muchas que desconozco pero que estoy segura vienen por ahí, han contribuido al desarrollo del caudal musical que es nuestro tesoro. Para todas ellas y alguna que otra que me faltara por mencionar, un interminable aplauso, silencioso porque es de los que nacen como *la melodía, de lo hondo de mi corazón*. Gracias por su contribución a la armonía del universo.